

JUEVES SANTO, CICLO C

AMOR HASTA EL EXTREMO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Éxodo 12, 1-8.11-14; I Corintios 11,23-26; Juan 13,1-15



1. *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. ¡Cómo nos suenan a todos estas benditas y consoladoras palabras del evangelio de San Juan, que hemos proclamado! Hacen referencia a antes de la Pascua, cuando Jesús se reunió con sus apóstoles en el Cenáculo para celebrar la gran fiesta judía, en la que recordaban festivamente el momento más importante de la historia de Israel, el “paso” (eso significa “pascua”) de la esclavitud de Egipto a la libertad de la Tierra prometida. Era una fiesta fundamentalmente de acción de gracias, como aparece en la primera lectura escuchada hoy.*

Como todo buen judío, Cristo celebra la Pascua – en esta ocasión, la última de su vida- y, al celebrarla, quiere mostrar a los discípulos de todos los tiempos que nos ama hasta el máximo, hasta el extremo. En ese contexto, Jesús realiza un primer gesto que deja sorprendidos a sus discípulos: *Jesús se levanta de la cena y se pone a lavarles los pies a los discípulos. Como dirá un autor, la vida entera de Jesús está resumida en este gesto: sus palabras, sus milagros, su amistad con los pecadores, su llamada a la conversión, su defensa de la verdadera vida humana, su simplicidad y su dureza, su muerte, toda su vida es vida de comunión con los hombres, de servicio.*

2. El gesto de arrodillarse ante los discípulos para lavarles los pies, tarea propia de los siervos, de los criados, indica el gran amor, hasta el extremo, y la gran humildad de Cristo, el Hijo de Dios humanado. ¿Qué sentiría el corazón de Cristo arrodillado ante Judas, a punto de perpetrar la gran traición? ¿Qué sentiría el corazón de Cristo a los pies de su apóstol traidor? ¿Cómo es posible que el corazón humano sea tan duro, incapaz de arrepentirse ante el Maestro puesto de rodillas delante de él?

Jesús, convertido todo Él en amor, ha lavado los pies a los discípulos, y muestra de verdad que *no ha venido a ser servido, sino a servir. Como a los discípulos, también a nosotros nos dice y nos invita: si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros igualmente debéis lavaros los pies unos a otros. El discípulo de Jesús, porque ha de imitarle y serle fiel, ha de poner su vida toda al servicio de los demás. Lo exige el ejemplo de Cristo y el mandamiento nuevo que, en esa misma Cena, nos dejó: que os améis unos a otros como yo os he amado. ¿Puede decir*

que vive el amor fraterno el egoísta, que sólo piensa en él y que vive al margen del hermano que está a su lado, pasando de largo? Podría decirse que sólo ama al hermano el que sabe servirle de verdad, de manera permanente y con infinidad de detalles concretos. Servicio y amor fraterno se están reclamando y necesitando el uno al otro para poder ser auténticos.

3. Pero, si se puede hablar así, el otro gran gesto de la Última Cena, el gesto por encima de cualquier otro gesto, fue la institución de la Eucaristía: *mientras cenaban, Jesús tomó el pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió, se lo dio a sus discípulos y dijo: tomad y comed, esto es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, habiendo dado gracias, se lo dio diciendo: bebed todos de él, porque ésta es mi sangre.* Con solemnes, misteriosas y verdaderas palabras, instituía la Eucaristía, el más grande de los sacramentos, centro de la vida de la Iglesia y del cristiano. Jesús sabía perfectamente que se marchaba, porque al día siguiente moriría en la cruz, pero para quedarse entre nosotros inventó esta *locura de amor*, que es la Eucaristía, quedándose realmente presente entre nosotros bajo las apariencias de pan y de vino. Podía hacerlo, porque era Dios, y lo hizo, porque nos *amó hasta el extremo*. Esa misma sagrada noche, el amor de Cristo *hasta el extremo* le llevó a instituir igualmente el sacerdocio, con el fin de que la Eucaristía estuviera en la Iglesia hasta el final de los tiempos: *esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía.*

Antes de ser entregado en la cruz, Cristo se nos entrega como alimento. Al instituir la Eucaristía y entregársenos como alimento, lo que Cristo hace es celebrar su muerte *como anuncio profético y ofrecimiento anticipado y real de su muerte antes de su pasión*. Por eso dirá San Pablo: *cuando comemos ese pan y bebemos de esa copa, proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva*. Siempre que se celebra la Santa Misa, de manera incruenta se hace realmente presente sobre el altar el sacrificio de Cristo en el Calvario.

4. En esta tarde solemne del Jueves Santo, demos gracias al Padre por esta exuberancia de amor que celebramos. La alegría, el agradecimiento y el amor a Cristo volcado del todo hacia nosotros en el Cenáculo deben llenar plenamente nuestro corazón. ¡Qué duro lo tendríamos si, ante tanto amor por parte de Jesús, nos quedáramos más o menos indiferentes! Celebremos la Eucaristía de este Jueves San del Año de la Misericordia con corazón muy alegre, con mucho agradecimiento, y con el compromiso de amarle entrañablemente en el sacramento de la Eucaristía. Leía recientemente esta frase: *Jesús en la Eucaristía es amor infinito, amor olvidado, amor ultrajado, amor misericordioso que mendiga nuestro amor*. Ciertamente no en todos los casos es verdad esto, pero con frecuencia sí que lo es. Preguntémonos con valentía en esta Eucaristía y ante el Monumento: Cristo en la Eucaristía ¿es para mí amor correspondido, o amor ignorado o ultrajado?

5. A la Virgen, mujer eucarística por excelencia, como la llamó San Juan Pablo II, le pedimos que nos convierta en hombres y mujeres de Eucaristía, haciendo de ella el centro de nuestra vida cristiana.